

TAURUS, CENTENARIA

CON la publicación de "Sobre el nombre y el quién de los españoles", de Américo Castro, Editorial Taurus se ha convertido en centenaria. Cien títulos aparecidos en la colección Ensayistas de hoy, que inició su singlatura en 1956, con una política editorial avanzadísima para los tiempos que corrían, aunque más lícito fuera decir avanzadísima para los tiempos que empezaban a correr. Ya el género ensayístico era sospechoso de subversión en el seno de una cultura consagrada al tratado y al manual. El proceso lógico del ensayo conlleva la práctica de la libertad intelectual y de lo relativamente imprevisible del resultado. Mal asunto en unos tiempos en que la censura previa era forma y fondo, sustancia y accidente de la cultura nacional. Tiempos en que el cura Ramírez trataba de provocar la inclusión en el índice de Ortega y Unamuno.

La colección Ensayistas de hoy empezó con el título "Imágenes y símbolos", de Mircea Eliade, y continuó con títulos tan sorprendentes para la época como las obras de Teilhard de Chardin o el conmovido estudio que el cura Jean Yves Calvez dedicara a El pensamiento de Carlos Marx. Aunque Teilhard de Chardin fuera inteligentemente empleado como sustitutivo del materialismo dialéctico y los escritos de Calvez no eran precisamente apologeticos del marxismo, no hay ninguna duda de que ambas aportaciones culturales conspiraban contra la verdad establecida, fundamentada en la Historia Sagrada de las Enciclopedias de Grado Medio, y en marxiólogos de la estatura de Mauricio Caravilla o el señor Comin Colomer.

La coherencia renovadora de la colección es una constante mantenida desde el origen hasta el presente. Por la puerta de Taurus entró la Escuela de Frankfurt en España, con el único inconveniente de que esta corriente renovadora y crítica del marxismo empezó a ejercer influencia entre nosotros antes de que el fraguismo nos permitiera un acceso razonado y racionalizado a los textos clásicos de Marx y Engels. Hombre clave en esa "irrupción de la Escuela de Frankfurt" ha sido y es Jesús Aguirre, ac-

tual director literario de Taurus, oyente directo de las clases de Adorno, audaz introductor de la obra de Walter Benjamin en España y alquimista de la fórmula que guía en la actualidad la política de publicaciones de la centenaria colección. "Erudición y maldición", me dice Jesús Aguirre, mientras protege con las manos la tibieza "chambrée" de una copa de vino tinto en el restaurante barcelonés donde me ha recordado, más que contado, la historia de Taurus.

En la fórmula está presente toda la lucidez, no exenta de desconcierto, de la reflexión intelectual moderna. En plena revisión no ya de la función del dogmatismo, sea cual sea, sino de la omnipotencia de cualquier método de conocimiento, sólo se pisa con una cierta seguridad cuando se construyen los graneros de la



Walter Benjamin.

erudición o cuando se especula al borde de los abismos de la nada y el nadie. En aparente contradicción, pues, coexisten últimamente en Ensayistas de hoy Cioran o Bataille con Américo Castro, o con el "Servet, el hereje perseguido" de Roland H. Bainton. A Aguirre se le reprocha el haber abierto las puertas de su colección a jóvenes tan nietzscheanos que no se casan ni con Nietzsche como Savater o Trias, ángeles negros de recientes escándalos culturales. Trias o Savater no han impedido que en la colección aparezcan títulos como



Jesús Aguirre.

"Ensayos materialistas", de Gustavo Bueno, o "Adversus positivistas", de Javier Muguerza.

Aguirre pertenece a la secta intelectual de los comprometidos con la facultad de "ensayar" hasta sus últimas consecuencias. Desde la exigencia básica de que lo publicado "apueste por la dinámica del conocimiento", o por el dinamismo del conocimiento, puede permitirse el lujo de editar textos contrapuestos, como puedan serlo "La miseria del historicismo" de Popper, o la "Ideología como lenguaje", de Adorno. "Esto también pienso que es hacer ensayo", apostilla Aguirre. La treta de que un director literario se convierta a su vez en "ensayista" sin disparar ni una palabra, me parece digna de inaugurar un género metacultural, algo sólo al alcance de "managers" de la dialéctica sin dogma.

Confieso una especial fascinación por Aguirre como programador cultural. Sé que es un hombre que irrita profundamente a los que nunca se han planteado qué pasaría si los niños aprendieran el alfabeto de la "Z" a la "A", o, simplemente, si no lo aprendieran. Aguirre refuerza esta irritación con desplantes muy poco aceptados por el cotarro cultural nacional, en el que la humildad y el pedir perdón por haber nacido siempre se exige a los demás, y se olvida en el catálogo de las autoexigencias. Como uno ya ha asumido desde que tiene uso de razón que muchas de las tonterías que dijo Unamuno merecen ser resignificadas y final-

mente aceptadas, creo firmemente que a los mediterráneos nos ahoga la estética, y que sea por muchos años. Por eso, Aguirre y su programación me parecen aventuras estéticas, en ese erial de intolerancia e intransigencia, donde nos han hecho la faena de nacernos y ejercernos como profesionales de la cultura. A veces le he dicho a Aguirre que su "aventura cultural" parece algo así como la acción de un agente quintacolumnista del imperialismo cultural catalán en la capital del yermo. Aguirre me acusa entonces de chauvinismo periférico, y reivindica las raíces de la tolerancia peninsular en las ilustradas escuelas de Sevilla y Salamanca.

Bajo la apariencia del mariposo cultural, el catálogo de Ensayistas de hoy aporta hoy un balance impresionante, muestrario de opciones para entender lo que pasa y lo que nos pasa, que además nos educa en la humildad dialéctica, aquella humildad de todo un Engels, que curaba en salud sus afirmaciones cuando escribía a una amiga que: "La historia de la ciencia es una cadena de errores sucesivos, que van de más a menos". La programación de 1973 corrobora todo lo dicho: Bataille, Fourier, Giordano Bruno, Benjamin, Jiménez Fraud, Ricardo Gullón, Savater, Zamora Vicente, Ildefonso Manuel Gil, Aranguren, al servicio de erudiciones como "Juan Valera y la generación de 1968", o maldiciones, como la "Apología del sofista". ■ M. VAZQUEZ MONTALBAN